

La alquimia de darle vida a la piedra

Texto: Gonzalo Lanusse

Fotos: María Mullen – Gonzalo Lanusse

La historia de Constanza Dozo Moreno, una escultora con una amplia formación y una gran sensibilidad, es un buen ejemplo para descubrir una parte del mundo de este arte tan detallista y trabajado que, por lo general, es poco conocido para un público amplio.

El libro de Arnold Hauser, *Historia social de la literatura y el arte*, quizás sea una de las mejores obras de nuestro tiempo en cuanto a recopilación e interpretación de las manifestaciones artísticas de las distintas épocas de la historia del hombre y sus sociedades. Toma como punto de partida las representaciones del hombre paleolítico y explica que esos dibujos tenían un fin meramente mágico y práctico, como si fueran una suerte de "trampa" que, a partir de la imitación, funcionarían para influir en la naturaleza de la cual ese ser primitivo tomaba los elementos de su supervivencia, a través de la caza y la recolección.

Desde estas huellas culturales originales, Hauser busca explicar la función y el rol del artista y su obra, según los distintos fenómenos, sucesos y costumbres sociales de cada período de la historia, llegando hasta el cine de las primeras décadas del siglo XX. Además de la pintura, la literatura, el teatro, la música, el citado cine y las manifestaciones mixtas, también habla de escultura, de la que igualmente distingue sus aspectos según el momento histórico.

Si bien fue una de las primeras formas que tuvo el hombre para expresarse, tanto mágica, como religiosa, política y, por supuesto, artística. Y, si bien también los grandes maestros la aprendían a la par del dibujo y la pintura, la escultura no tiene hoy la fama y el reconocimiento que tuvo en tiempos clásicos, renacentistas o románticos. El público medio sabe poco de este arte pseudo alquimia, capaz de transformar un inerte y tosco pedazo de piedra en una figura con rasgos y facciones con vida propia.







MÁS DIFÍCIL DE CREER ES QUE LA CANTIDAD DE HERRAMIENTAS QUE HAY EN EL TALLER DEL FONDO DE SU CASA SEAN DE ELLA Y NO DE UN MECÁNICO O CARPINTERO AMIGO, CON BRAZOS, DE RUGBIER Y ABDOMINALES DE UNAS CUANTAS PICADAS CON CERVEZA.



Con aroma de mujer

Según la fecha de nacimiento de su página web, Constanza Dozo Moreno tiene algunos años más de los que parece, está casada y es madre de dos hijos. Sentada en un sillón del living de su casa, con una sonrisa constante y una actitud que destila delicadeza y femineidad en cada uno de sus gestos, es difícil imaginarla en un duelo, cuerpo a cuerpo, con un mármol pesado y áspero. Más difícil de creer es que la cantidad de herramientas de todo tipo, forma y tamaño que hay en el taller del fondo de su misma casa sean de ella y no de un mecánico o carpintero amigo, con brazos de *rugbier* y abdominales de unas cuantas picadas con cerveza.

Quizás, lo que no sea tan difícil de creerle es que muchas veces desearía tener un ayudante porque los mármoles son pesados y los tiene que cargar sola: "Ahora trato de trabajar con piezas con las que no tenga que estar pidiendo ayuda, porque con la fuerza que hay que hacer, me agoto diez veces más que un hombre". Con mirar su cuerpo alcanza para saber que no está justificándose, pero observando algunas de sus obras también alcanza para disipar todo ese escepticismo que ponía en duda su capacidad de batallar con la piedra.

"Mi trabajo es más lento que el de un hombre, pero a la vez tiene la diferencia del toque femenino, obviamente", confiesa sin achicarse. La mayoría de sus esculturas tienen como tema la mujer, pero tanto en éstas como en las que no, lo que más se destaca en sus trabajos son los rasgos femeninos, la delicadeza, como si sus obras fueran una continuación de su propio ser.

Hay algo en ella y su trabajo que encanta, que atrae, como una fuerza magnética. Cuenta que hace poco, cuando llegó a una muestra para presentar sus trabajos, había otros expositores de trayectoria, algunos que rozaban los 70 años, que la miraron y le dijeron: "¿Y tu mamá cuándo viene?". "No, no, soy yo", respondió ella, lo que derivó en un "¡Ah, qué jovencita!". Es verdad, es chiquita y parece más joven, pero lo que llama la atención tiene que ver con la actitud, la energía, como si su niña interna fuera más fuerte que su adulto y esa sería la marca distintiva de su arte.



PASO A PASO

Constanza explica que trabaja con distintos materiales. Puede hacerlo con arcilla y cera, que es un trabajo más espontáneo, "intuitivo y terapéutico"; o con el mármol, "que es una descarga y un ejercicio físico a la vez", y requiere más concentración.

El proceso del trabajo sobre mármol es talla directa. Lo primero que hace es dibujar sobre la piedra, después devastarla con la moladora, para luego pasar a la masa y el cincel "para sacar lo *grosso*". A medida que avanza, trabaja con un martillo neumático, especial para escultores, para la talla con piedra. Más tarde viene la etapa de escofinas y lijados, donde hace las terminaciones y los detalles. Y finalmente elige si darle brillo –con una pasta de pulir– o dejarlo opaco.

Los tamaños chicos le llevan entre dos o tres semanas y los grandes –piedra de medio metro para arriba– entre dos y tres meses.



Entre los valores y la satisfacción

Con esa misma inocencia y candidez, cuando era chica decía que de grande quería hacer "estatuas" (sic), pero recién a los veinte años empezó a estudiar Talla en Piedra con Ramón Castejón, Dibujo con Aurelio Macchi, y Técnica de la Cera Perdida con Antonio Pujía. En Francia estudió Anatomía Artística, y en Grecia, en la isla de Tinos, Tallado en Mármol. Además se graduó en la especialidad de Escultura en la Escuela Superior de Bellas Artes "Ernesto de la Cárcova".

Desde sus primeros trabajos, se presenta en exposiciones y galerías, y vende sus obras tanto para coleccionistas como por encargo. Su última presencia fue en enero, en la galería Pérez-Belfer, en el marco de la muestra *Gallery Nights* de Punta del Este, donde incluso trabajó en vivo para el público presente. Para fines de este año, quedó seleccionada y la invitaron a participar de la Bienal de Arte de Florencia, pero los elevados costos del viaje, de los que ella tiene que hacerse cargo, y la necesidad todavía no cubierta de conseguir un patrocinador, hacen que por ahora su participación en el evento sea incierta.

En cuanto a su propio trabajo, reconoce que antes "era más clásica, era muy del estilo de Rodin". "Ahora encontré mi límite, estoy entre lo clásico y lo moderno. Y me doy cuenta también de que es lo que gusta y lo que vendo", explica. A su obra la definiría como "armoniosa, espiritual, ligada a los valores, la mujer y la familia"; y agrega que no le gusta para nada transmitir la sensación de desagrado, "sino más bien la de satisfacción y plenitud".

Su manera de ver el arte es simple: "Para mí una obra de arte es lo que te emociona y te llega; si yo paso y me parece linda o fea, pero no me llega, para mí no existió, nunca la vi". Y, coherente con sus ideas, cuando uno pasa cerca de sus obras siente un impulso de mirarlas detenidamente, porque algo en ellas llama la atención, algo llega. ■